

SUPERACIÓN

DEL SENTIMIENTO DE

CULPABILIDAD

Alvaro Villapecellín S. J.

La angustia es tan antigua como el alma humana al menos desde que Adán mordió la manzana.

Cierto, estruja el alma la *angustia existencial*. El verme nada, siendo sin saber ser, sin saber hacerme. Y como arrojado al mundo. Sintiendo el tic-tac de mi existencia, sin poder pararme, ni adelantar o retrasar mi marcha. Comprendo la angustia de quien en un análisis fenomenológico se ve *así*, y *nada más*. Y mucho más si de antemano ha descartado la posibilidad del creacionismo.

Pero junto a esa angustia, acaso sólo metafísica, por verme contingente, hay otra más honda y más tremenda: *el verme culpable*. Porque hay un sello marcado en la existencia, el marchamo de una ley moral objetiva. Y a su alrededor la seguridad de muchas infracciones. Un como verse nada, y el adjetivo *malo* empapando esa nada. Algo que es nada y además malo. En su existir exclusivamente malo. Un existir fracasado. Para decirlo en forma sarricana, la grieta que avanza abriéndose

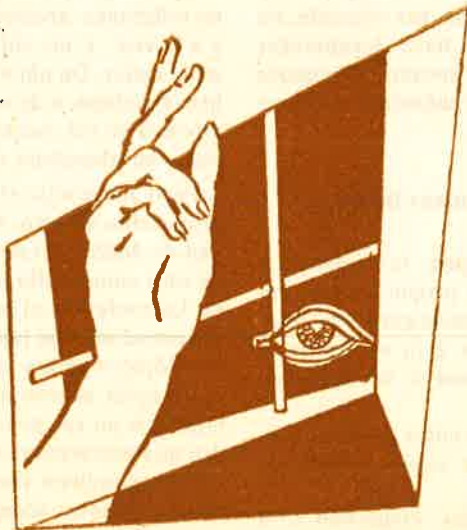
por el muro, siendo vacío y maldad a la vez.

Comprendo una angustia psicológica y mucho más triturante ante esta segunda perspectiva. Y no me extraña la desesperación y la ilógica bifurcación hacia la locura o el suicidio por un lado, o al libertinaje por el otro. Si es necesario ser así, malo por esencia, mejor no ser, o ser malo de verdad, auténticamente.

Pero hace muchos siglos que está superada tal angustia. Hay una luz indicadora en medio de esa bifurcación. No es bivio, es trivio.

En la labor de todos los días atormenta la angustia existencial sólo a unos cuantos —¿privilegiados?— Pero *el sentimiento de culpabilidad es o puede ser cosa de todos, y de todos los días*.

Caín recorriendo la tierra perseguido por la imagen del hermano asesinado, con una marca en la frente para que nadie le hiciera desaparecer, o Adán escondiéndose de la vista de Dios, son retrato del hombre universal. Pero cada uno



busca superar a su manera la intranquilidad que le carcome.

Esa superación de un estado opresor, inquietante, es lo que vamos buscando aquí. Pero de manera que la tranquilidad llegue a lo más íntimo, y para conseguir el dominio más perfecto de la personalidad auténtica. El camino que hace trívio al bivio desesperación-libertinaje.

Primera solución. Cohonestar la culpa

Algunos intentan suprimir la ley moral que les hace culpables. Para ello es menester crear una Ética nueva. (1) Tras ella vendrá, y para fundamentarla una Metafísica más nueva. Y toda una concepción filosófica tendrá su raíz en un intento de superación del sentimiento de culpabilidad.

No es raro, — basta estudiar la biografía antes que la obra filosófica — esta manera de proceder. Es un proceso invertido y antinatural, pero es la explicación de muchas concepciones filosóficas del mundo.

Ateniéndonos sin embargo al campo psicológico y psiquiátrico, no falta quien opine también que hay que buscar una *eliminación de la moral objetiva*. El sentimiento de culpabilidad es una rémora en la marcha del espíritu, un obstáculo, — tal como se encuentra en la experiencia clínica — para el equilibrio afectivo y la adaptación social. Hay que eliminarlo. Como es difícil no ser culpable, no quebrantar esa ley, se la hace desaparecer para que desaparezca el pecado. *Se impone la creación de una moral subjetiva, sin pecado, biológica.*

Segunda solución. Expulsar la culpa

Es una realidad psicológica, la tendencia a proyectar la culpabilidad propia en otro sujeto, y de este modo descargarse de ella. (Adán acusa a Eva, Eva a la serpiente...) Esto constituye una «reserva de agresividad». Es un mal social.

Y proyectamos nuestra culpa en otro, porque lo que más duele es verse «objeto de

(1) Ver «Ética de situación». *Proyección* n.º 2 pp. 41-46.

cólera», o porque nos estorba y molesta el peso de la culpabilidad.

Se discute también si ese sentimiento de culpabilidad (consciente o inconsciente), puede ser causa de traumas mentales, y aun de verdaderos desequilibrios y trastornos graves.

No hay duda de la transcendencia de los complejos formados por la educación o ambiente de los primeros años (Ueber-ich, Super-yo) en la personalidad de todos... Lo vemos cada día.

Pero dudo mucho que algún verdadero desequilibrio se deba *exclusivamente* al sentimiento de culpabilidad. Es muy compleja la psicología, y el más pequeño fallo puede tener una influencia total en el mecanismo síquico...

Sí, es cierto, que sea cual sea la influencia del Super-yo, y, relacionado o no con él, del sentimiento de culpabilidad, el trastorno causado busca liberarse lanzándose al exterior, en la confidencia o propia acusación si es consciente, o por medio de complicados mecanismos psicológicos — hasta llegar a la acusación de otro — si es inconsciente. Caín asesina a su hermano Abel, porque él *tiene la culpa* de que Dios no le sea propicio.

Víctimas y confesión laica

En esa *transferencia de la culpabilidad* hay un origen posible para los *sacrificios* que en religiones arcaicas aplacan a los dioses, y a la vez, y no sólo por su perdón, *libran de la culpa*. De ahí el imponer las manos sobre la víctima, o de otro modo hacer la *transferencia de los pecados*. Y luego su *sacrificio*, o su abandono en la selva o desierto.

Pero no es sólo el verse libre mediante la proyección en otro. Hay también una necesidad de *hablar del pecado*, de explicar, y así, de otra manera librarse más radicalmente de él. La confesión al brujo de la tribu, escribir los pecados en la tabla que luego *se rompe*... Son tópicos ya los testimonios de Platón en el Gorgias aconsejando que «para que la injusticia no se aposente en el alma y engendre una *corrección secreta* que se haga incurable... conviene *confesar* la falta». Y Plutarco y Séneca: «*confesar* los vicios es signo de salud».

Sicoanálisis y confesión

No es otra la técnica del sicoanálisis al descubrir — cuando la hay — la falta culpable de la alteración, o de la permanencia de esquemas infantiles. El sólo descubrimiento de la causa del trauma basta con frecuencia para la curación.

Hoy se van descubriendo profundidades del alma — Psicología profunda — que se conocían poco. Cierta que grandes maestros del espíritu fueron a la vez grandes psicólogos y grandes sicoterapeutas, eran científicos al estilo moderno sin sospecharlo. Pero la ciencia ha estudiado y metodizado esos procesos y métodos de curación, tan viejos como la humanidad, y al saber explicarlos puede emplearlos con más confianza y extensión.

Por eso el siquiatra y el psicólogo analista estiman la confesión. Cesar Vaca aduce la confianza de un siquiatra: «¡Oh si nosotros tuviéramos el confesionario! todo allí parece estar dispuesto para que el sicoanálisis rinda todos sus frutos. El ambiente oscuro y respetuoso de la iglesia... veneración del confesor, intimidad en la conversación,... espontaneidad». (2).

Y Carlos Fiessinger: «Es muy cierto que la confesión obra sobre todos los estados depresivos en el sentido de un bálsamo saludable que apacigua las angustias y reanima las esperanzas muertas» y «la confesión desde el punto de vista médico debe ser considerada como un maravilloso agente de equilibrio moral». (3).

M. Raymond y Janet añaden que parece haber sido inventada por un alienista que quisiera curar a los obsesionados.

Brière de Boismont: «encontrad un remedio mejor que la confesión que oponer a los remordimientos, causa tan frecuente de enfermedades, de languidez, de afecciones orgánicas, de alucinaciones, de locuras, de suicidios, y nos alegraremos de indicárselo a esos miles de almas dolientes que tienen necesidad de ser consoladas». (4).

En fin no faltan autores recientes que han visto en la confesión la realización del sicoanálisis aun antes de que éste existiera.

Y el mismo Freud entreveía cierta relación entre su sicoanálisis y la confesión.

Hay diferencia

Sin embargo, no pueden identificarse ni confundirse. Ni la confesión es sicoanálisis o sicoterapéutica, ni éstas tienen nada que ver con la confesión.

«El sicoterapeuta *no exhorta al arrepentimiento* — en tanto que el paciente no lo haga — *ni impone penitencia al enfermo* — así generalmente — en tanto que el mismo enfermo no se le imponga, *ni da la absolución*, porque Dios no ha tenido compasión de él» (5).

Por eso, distinguiendo muy bien los campos, a veces el médico hará muy bien en imitar al de Lady Macbet diciendo al enfermo: «más necesidad tenéis del sacerdote que del médico». Y seguirá el consejo de Pío XII a los siquiátras de todo el mundo reunidos en Roma el 13 de Abril de 1953: «No es raro en nuestros días que el sacerdote envíe a su penitente al médico; en el caso actual (de una verdadera culpabilidad real) el médico deberá encaminar a su cliente a Dios y a aquellos que tienen el poder de perdonar la falta misma en nombre de Dios».

El Sacramento

La diferencia entre la sicoterapéutica y la confesión está en algo esencial. Ya nos lo ha indicado Jung. *La confesión es un sacramento*. Si tiene las ventajas de la cura meramente natural, tiene sobre todo en el confesor un hombre dotado del poder de perdonar la culpa. Puede extinguir la por completo — de una manera real — del alma. Supuesta en el paciente la detestación. Y a la vez confiere un ser espiritual, *la gracia santificante*, en cuya existencia y eficacia pensamos demasiado poco, pero cuyos frutos se palpan.

Por eso, cuando el sacerdote, sin ser si-

(2) *Gulas de almas*, pág. 237. Barcelona 1947.

(3) Henri Bon, *Compendio de Medicina católica*, pág. 506. Madrid 1942.

(4) Henri Bon, *Compendio de Medicina católica*, pág. 506.

(5) C. G. Jung, en Jolan Jacobi, *La Psicología de C. G. Jung*, pág. 142. Madrid 1947.

quiatra — tampoco repugna que lo sea — conoce la Psicología profunda, y las principales técnicas sicoterapéuticas, tiene en sus manos un instrumento de doble valor y eficacia.

Nuestra víctima

Nos queda todavía un aspecto, el más interesante, acaso, para el cristiano.

Hemos considerado la liberación por la exteriorización de la culpa. Pero no hemos contado con la Víctima que de una manera real carga con las culpas que arrojamos sobre él — no sólo proyectamos —, y se hace «objeto de cólera» en mi lugar.

De este modo yo paso a ser «objeto de perdón». Dios es bueno, es *Bondad*, es *Misericordia*, y en su *Infinitud* misericordiosa, descansa aun la culpabilidad más enorme. Para que el hombre — gusano de la tierra — no tiemble ante la Majestad de Dios, el mismo Dios se hace como él, y le llama amigo, y le da la mayor señal de amistad: morir por él. *Cristo* cubierto con los pecados del mundo paga la culpabilidad del hombre.

Y el hombre lavado con la *sangre de Cristo* queda por todos los conceptos libre de su culpa.

Es cuestión de religión

Por eso concluye L. Beirnaert: «la única solución integral al problema, mejor diría al misterio — de la culpabilidad angustiante, es por lo tanto, de naturaleza religiosa» (6).

Y por eso Jolan Jacobi puede decir: «*El verdaderamente religioso no es sicópata*, no es el que suele venir a buscar la ayuda del sicoterapeuta. El hombre religioso está en relación emotiva con Dios, no se encontrará más que en raros casos en la consulta del Médico (siquiatra)» (7).

Y el P. J. A. de Laburu: «... Primero porque de haber vivido el Yo esos contenidos psicológicos integrantes de la religiosidad, no hubiera experimentado complejo alguno de inferioridad, ni hubiera buscado, aunque

inconscientemente, refugios anormales síquicos, para defenderse de ella y superarla».

«Y en segundo lugar, porque para que el Yo *salga* de esos estados patológicos síquicos, que por ventura ya adquirió, el *medio más eficaz, y tal vez el único* sea el que ese Yo *acepte* intelectualmente y *viva* integralmente los contenidos religiosos de la más elevada pureza» (8).

Paz y libertad

Tras el abrir el alma y descargarla, la paz la seguridad y libertad. A este propósito Clemente Brentano:

«A la confesión acuden los pecadores arrastrando un peso muerto de la confesión salen como niños triscando como por un campo de flores».

Un paranoico ha disparado sobre sus hijos de seis y cuatro años, después de larga lucha consciente — inconsciente. Al fin de la entrevista con el siquiater exclama: «Había descuidado la Misa y la comunión durante dos años. Si hubiera acudido yo en confesión a Dios y a un sacerdote, esto no habría ocurrido» (9).

Muchas veces hemos visto demostraciones de alegría, hasta cambios de carácter, verdaderas liberaciones de complejos, después de una confesión trabajosa. Todo misionero, o director de Ejercicios, y aun simple confesor, ha vivido en contacto con alguno de estos casos.

Los Santos

Se puede comprender entonces un gran *sentimiento presente de culpabilidad*, — meditación constante de los pecados, actos de contricción, de penitencia —, *sin ser causa de ningún trauma ni desequilibrio*. Ni extraña la meditación encendida de la Pasión de Cristo, acentuando su papel de *víctima por*

(8) *Los sentimientos, su influjo en la conducta del hombre* pág. 216 Montevideo 1946.

(9) Th. Verner Moore, *Psicología dinámica*, pág. 77. Madrid 1948.

(6) *Etudes Carmelitaines* Bruges 1949 - pág. 128.

(7) *Etudes Carmelitaines* » 1949 - pág. 41.

los pecados, sintiendo el dolor infinito de haber sido su asesino, y a la vez gozar una paz también infinita por la seguridad del perdón obtenido, y la esperanza de un cielo sin fin.

Podemos ver sin extrañeza a un Francisco de Borja firmando en sus cartas mucho tiempo después de su conversión, «Francisco Pecador». Y a un Luis Gonzaga llorando toda su vida un par de pecadillos infantiles. Y a

la vez descubrir en ellos *personalidades las más enteras, libres y felices.*

Porque cuanto más se avanza en el conocimiento de Dios, y en su amor, es natural un paralelo conocimiento de la propia fragilidad, y de la gravedad del pecado. Pero aumenta a la vez la confianza y la seguridad del perdón. Y el fin es la paz y felicidad perfecta del bienaventurado en el cielo.



La Santa Iglesia no puede pasar sin el trabajo de la tentación, el tiempo de su peregrinación y, aunque no tenga enemigos externos declarados, siempre padece la presencia de fingidos hermanos. Porque siempre está en batalla contra los vicios y aun en tiempo de paz tiene su guerra; y quizá más gravemente es afligida cuando tiene que luchar, no contra los ataques de los extraños, sino contra las costumbres de los suyos.

(San Gregorio Magno, Morales, Lib. 31, c. VII).